



RECABARREN, LUIS EMILIO. *LA MATERIA ETERNA E INTELIGENTE*. 196 PP., SANTIAGO DE CHILE, 2016: RUMBOS EDITORES.

Israel Pérez Jerez¹

Pontificia Universidad Católica de Chile

Luis E. Recabarren es célebre por el rol político que ejerció a lo largo de su vida, siendo un activo sindicalista y periodista obrero, así como diputado por Antofagasta y fundamentalmente conocido por ser el fundador del Partido Comunista de Chile. No obstante, su pensamiento en materias filosóficas no ha recibido mucha atención, es por ello que este libro escrito en 1917, re-editado en esta oportunidad de forma autónoma,² busca renovar el interés por el pensamiento de este autor latinoamericano, quien de manera ingeniosa y sencilla defiende en esta obra la inexistencia de un dios creador, así como la tesis de que el espacio, el tiempo, la materia, el universo y la vida son eternas e increadas, e incluso que la propia materia tiene en sí un cierto principio de inteligencia.

Ofrece también una visión ilustrada de la naturaleza, pues considera que la Razón es una y la misma para todos los seres humanos y que, junto a la ciencia, son los exclusivos instrumentos para alcanzar la Verdad. Además de estas ideas, Recabarren argumenta a lo largo del libro en favor de un materialismo; cree, por ejemplo, que existe una vida *post mortem* pero que se dará en la Tierra misma, a través de la Materia por toda la eternidad, pues, a su juicio, “la ‘muerte’ no existe. Lo que existe es organización y desorganización en eterno movimiento”.³

El libro, que busca ser claro y comprendido por “la mayoría de la enorme muchedumbre”, está dividido en dos secciones tituladas; 1) la Materia⁴ Eterna jamás ha podido ser creada, con un desarrollo de ocho capítulos; y 2) La Materia Inteligente. Fuera de la Materia no hay Espíritu, con cuatro capítulos por su parte.

¹ Programa de Licenciatura en Filosofía, Instituto de Filosofía. Correo electrónico: ilopez@uc.cl

² En 1971 fue incluido en una antología por la U. Austral de Chile: Recabarren, L. (1971). *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*. Santiago de Chile: Austral.

³ Recabarren, (2016), p.59.

⁴ No se sorprenda el lector si, la mayor de las veces, aparecen las palabras Materia, Universo, Naturaleza u otras de ese estilo en mayúsculas, pues así las escribe Recabarren, a diferencia de “dios” que siempre lo escribe en minúsculas, razón por la cual hemos preferido conservar la forma original del texto que refleja enfáticamente la posición del autor.

De esta manera, la primera sección comienza analizando los primeros capítulos de la Biblia mediante una interpretación literal de la misma y contraponiendo lo dicho en ella con los fenómenos observados por la ciencia. Afirmando que lo escrito en la Biblia no puede ser cierto, pero quedando por explicar cómo es que existe el Universo entonces. Labor que se desarrolla en los siguientes capítulos mediante la aceptación del principio: nada puede surgir o ser creado a partir de la nada.

Ahora bien, sostiene nuestro que autor que hay quienes creen que dios ha creado el universo cuando lo contemplamos, del mismo modo en que si vemos una mesa, pensaremos que un obrero la habrá creado. Sin embargo, en este caso vemos de dónde viene la materia de la mesa, es decir, no fue creada de la nada, mientras que en el primer caso, no vemos de dónde pudo provenir, salvo de la nada, lo cual es imposible. Por lo tanto, es más razonable creer que la Materia o el Universo son eternos y que nadie puede haberlos creado.

En la misma línea, defiende que el espacio y el tiempo son infinitos e increados, puesto que no podemos concebir un límite en ellos, pues “siempre cabría preguntarnos: ¿y qué habría después del límite? Espacio y más espacio”⁵, y lo mismo aplica para el tiempo que es una condición “hermana” del espacio. Por otro lado, si no hubiera habido espacio, ¿qué habría habido en su lugar?, por todo esto, Recabarren piensa que es más razonable y lógico aceptar que ambos elementos son infinitos tanto espacial como temporalmente.

No obstante, surge la objeción del orden del universo como prueba a favor de dios, sin embargo, tal orden no es atribuible a un creador porque, a juicio de Recabarren, el orden, en el principio, no aparece conducido por una fuerza que se aprecie como guía, sino que más bien, observamos que los astros vagan en el espacio sin un punto de apoyo fijo desde el cual pudieran haber sido impulsados, de modo que no vemos “en su movimiento simétrico otra cosa que la natural relación entre sí y el natural impulso de sus propias fuerzas”,⁶ en otras palabras, serían el azar y la necesidad las que reinarían en el universo. Por lo que el orden del universo no sería sobrenatural, sino que “es la obra natural de su movimiento y de su existencia. Y en ello no obra ningún fenómeno distinto al que hace que una semilla arrojada al seno de la tierra se convierta en un árbol que dé frutas o que dé flores”.⁷

Pero Recabarren observa que todavía es posible argüir que dios no creó ni el espacio-tiempo ni la Materia, sino que siendo uno con estos elementos, creó la

⁵ Recabarren, (2016), p.59.

⁶ *Ibid.*, p.49.

⁷ Recabarren, (2016), pp.50-51. Invoca, como se puede apreciar, un mecanicismo para explicar los fenómenos naturales. Incluso para el caso del cerebro humano no habría ningún misterio, sino que este pensaría y obraría según su propio modo de ser natural, así como todas las demás cosas que existen en el Universo, sin necesidad de un gobierno extra-natural.



vida, la energía y el movimiento, que además generó la inteligencia que podemos apreciar en el universo, y por lo mismo, también al ser humano, lo cual explicaría en qué consistiría la frase bíblica “fue creado a su imagen y semejanza”. Sin embargo, Recabarren objeta que un “fruto tan miserable” como el ser humano no puede ser efecto de una causa semejante, especialmente si consideramos los orígenes de este, en los que reinaba el salvajismo e incluso la ausencia de lenguaje.⁸ Mientras que lo contrario sucede cuando consideramos al hombre desde el punto de vista evolutivo, pues en tal caso no existen mayores problemas para aceptar sus imperfecciones.⁹

En el capítulo IV, y ya superando el punto anterior, ofrece una respuesta coherente para la existencia del mundo desde un punto de vista puramente naturalista. Por ejemplo, frente al desafío de explicar por qué la vida no surgió de inmediato en la Tierra, responde mediante una analogía, pues a la Tierra le sucedería lo mismo que a otros seres vivos: durante sus primeros períodos son incapaces de reproducirse, ya que aún no se ha desarrollado en ellos esa capacidad. Pero las dudas persisten: ¿cómo es que las obras de la Tierra no se parecen en nada a ella? Frente a ello responde:

Por la misma razón de que la semilla de un manzano toma la forma de un árbol, y el manzano no tiene en absoluto parecido con la semilla de donde surgió, así los productos de la Tierra no se le parecen, como la Tierra no tendrá nada de parecido con sus condiciones precedentes. El hombre tampoco tiene nada de semejante a su germen.¹⁰

En otras palabras, nuestro autor responde mediante analogías tomadas de la observación de la naturaleza y sus diversos procesos.

Por ello afirma también que en realidad la vida no ha tenido un origen,¹¹ sino que siempre ha existido junto con la Materia, y así como esta, la vida ha ido transformándose y adoptando diferentes formas por la eternidad, prueba de ello serían las distintas plantas y animales que se extinguieron, y quizá cuántas otras formas de vida han existido, cuyos vestigios fueron borrados por el paso incesante del tiempo.

⁸ Cf. *Ibid.*, pp.56-57.

⁹ Afirma, por lo demás, que el argumento persiste incluso si consideráramos el estado actual del ser humano, pues sigue a día de hoy padeciendo “terribles males e imperfecciones”. Así, parece poner énfasis en el problema del mal como argumento para desechar la idea de un dios creador: “no podemos admitir que un dios hubiera hecho primero que un hombre imperfecto dándole la capacidad de perfeccionarse a través de una historia muy larga, que significaría dar la vida para sufrirla millones de siglos a fin de que a ese precio sean felices los que tengan la suerte de nacer en la época de mayor perfección”. Recabarren, (2016), p.61.

¹⁰ Recabarren, (2016), p.77.

¹¹ Cf. Recabarren, (2016), p.81.

En los siguientes capítulos examina el posible origen del ser humano, primero se detiene en la idea bíblica de Adán y Eva, la cual desecha porque no cree posible que seres tan imperfectos como ellos hayan sido obra de un dios. Opinión que no sustenta en la caída moral relatada en la Biblia, sino porque no le parece que Adán fuera ni inteligente ni perfecto, puesto que no fue capaz de producir ninguna obra importante para la humanidad.¹² Creencia que se ve reforzada por la consideración, ya mencionada, de los orígenes del ser humano, sumada al argumento de base política que examina la desigualdad en que viven unos y otros, en la miseria en que vive la mayoría y los lujos en que viven unos pocos, orden que no podría ni ser permitido ni ser producto de un dios sabio y poderoso.

Por otro lado, uno de los capítulos más interesantes es el IX que estudia cómo se manifiesta la inteligencia y que tiene por tesis mostrar que la inteligencia existe de un modo natural en todos los seres vivos y, más aún, en la Materia misma. Para ello se vale de observaciones de distintos animales y plantas, por ejemplo, sostiene que hay inteligencia previsoras en los osos e insectos como las hormigas que reúnen alimentos para el invierno, pues este es un periodo en el cual no podrían procurárselo.¹³ También hay citas detalladas del trabajo sobre abejas y flores de Maeterlinck, que probarían la inteligencia de estas criaturas, manifestada, por ejemplo, en la distribución de los trabajos por parte de las abejas, así como los distintos modos que tienen las plantas para transportar sus semillas en condiciones desfavorables, valiéndose de aves o insectos para ello.

Por lo demás, la existencia de criaturas como las plantas son anteriores a los seres humanos, lo que mostraría que la inteligencia ha existido antes que nosotros. Y más aún, Recabarren sostiene que tal inteligencia que es como el alma o el espíritu de cada ser, emana de la Materia y no deja de ser Materia. Tesis que se basa en que lo vivo se mueve, pero para poder moverse requiere de alimentos, los que son materiales y sin los cuales no tendría ni animación ni vida. Este punto contribuiría a mostrar que “la energía es el efecto del movimiento de toda materia capaz de moverse. Sin materia no hay movimiento ni hay energía. Como sin cuerpo no hay alma”¹⁴ siendo este una de las conclusiones más interesantes del libro.

Y es que el punto anterior se ve complementado por la idea de que el movimiento es eterno, pues no habría ninguna razón para suponer que tuvo inicio, sobre todo porque observamos que los astros no poseen puntos fijos, por lo que no pudieron permanecer en reposo. A lo que se suma el capítulo sobre el alma humana¹⁵

¹² Cf. Recabarren, (2016), p.89.

¹³ Cf. Recabarren, (2016), p. 131.

¹⁴ Cf. Recabarren, (2016), p.141.

¹⁵ Se trata de un capítulo particular debido a que reproduce el artículo de Modesto Franco sobre el tema.



que podemos sintetizar como una respuesta al espiritualismo: i) que sostiene que la conciencia es esencial al alma y que esta puede subsistir por sí misma; ii) no obstante, se observa que la conciencia puede desaparecer temporal o totalmente de animales y hombres si el cerebro se ve seriamente afectado, pudiendo haber personas sin conciencia o cuya personalidad sea destruida, aun cuando permanezcan vivas; iii) por lo tanto, las facultades psíquicas no pueden existir separadas de los fenómenos fisiológicos o materiales¹⁶ mostrando así la falsedad del espiritualismo, puesto que si la conciencia es esencial al alma, esta se vería destruida si pierde su atributo esencial, esto es, su carácter consciente.

Por último, el libro finaliza estableciendo conclusiones de orden político, primero criticando el actuar histórico y actual de la iglesia, proponiendo como reacción la difusión de las ideas expuestas en el libro, así como sosteniendo que los problemas de justicia social deben resolverse en la Tierra durante esta vida.¹⁷

Frente al contenido filosófico del libro, es interesante notar que la posición defendida por Recabarren no ha gozado de gran popularidad en la historia de la metafísica tradicional occidental. Su postura podría ser catalogada como hilozoísta, es decir, aquella doctrina que considera que la materia posee en sí misma un principio de animación e inteligencia, tal fue la posición de presocráticos como Tales de Mileto, Heráclito de Éfeso, entre otros. También su punto de vista sobre el rol del azar y la necesidad coincide con filósofos como Demócrito, aunque este aspecto ha cobrado popularidad en la comunidad científica después de Darwin.

Una cantidad importante de las tesis defendidas por Recabarren fueron combatidas intensamente por Aristóteles, cuya influencia en la historia no solo de la filosofía, sino del pensamiento occidental es innegable. Si revisamos en orden las ideas del libro, podemos notar que cuando nuestro autor sostiene que la muerte no existe, sino que se trata simplemente de organización y desorganización de la materia, Aristóteles –y cualquier persona– diría que está usando un sentido diferente de esta palabra. El punto de Recabarren se entiende y es coherente con su tesis de que la vida siempre ha existido junto con la materia, *en* la materia. No obstante, el sentido cotidiano e importante de la muerte se refiere simplemente al ser individual y no a la desaparición de la vida en su totalidad.

Por otro lado, aunque Aristóteles estaría de acuerdo en que la materia es eterna e increada, no aceptaría que esta sea inteligente, o que, más bien, esta sea el principio o causa de la inteligencia. En gran parte, porque esto implicaría que solo existe una causa (o dos a lo mucho si le sumamos el azar) que explicaría lo que existe y el modo en que lo hace, a saber, la materia. En este punto, la refutación para

¹⁶ Cf. Recabarren, (2016), p.151-152.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, 177-179.

el hiloísmo y el materialismo es similar, pues Aristóteles, si bien considera que todo cambio se da, antes que nada, en la materia, ¿por qué sucede de esa manera y cuál es la causa de ese cambio? En el fondo, y dicho brevemente, el Estagirita sostendría que nada se cambia a sí mismo, de modo tal que donde hay movimiento se ha de distinguir, necesariamente, dos principios; uno activo, capaz de generar el movimiento, y otro pasivo, el cual es la materia, pues esta es la que es ordenada.¹⁸ Por lo tanto, se trataría de buscar ahora otra causa o principio adicional que explique el movimiento originado en la materia.

Ante esto, Recabarren podría argüir que el movimiento de la materia es natural y se explica debido al azar y a la necesidad. Si bien es cierto que ambos elementos no serían negados por Aristóteles, este replicaría sosteniendo que el orden que se aprecia en la naturaleza no puede deberse al azar. El argumento, sucintamente expuesto, es el siguiente: lo que es producido por el azar es algo que se genera rara o excepcionalmente, mientras que, por su parte, lo que se genera por naturaleza se da siempre o casi siempre de la misma manera. Así, por ejemplo, no es casualidad que llueva con regularidad en el invierno, pero sí en el verano, ni que haga calor en verano, pero sí en el invierno.¹⁹

Pero no se trata, en el caso de Aristóteles, solo de esto, sino que hay que agregarle el segundo principio que mueve la materia: la forma. Este sería el principio activo que explicaría los cambios producidos en la materia, aunque se trataría de un principio que solo es separable mediante el pensamiento, mas no se da separadamente de un cuerpo material. Para el Estagirita, la forma se identifica con la especie natural (así como con el alma o principio vital), de modo que de una semilla nace un árbol en concreto porque dicha semilla posee la forma o especie específica de dicho árbol, del mismo modo que de un hombre se genera un hombre; por ello tal proceso se da siempre o regularmente si nada lo impide.

Respecto de la refutación esgrimida por Recabarren del espiritualismo, Aristóteles convendría en que las facultades psíquicas no pueden existir separadamente del cuerpo, como ya hemos mencionado. Sin embargo, no estaría de acuerdo con él cuando sostiene que, por esto, el alma se destruye cuando un individuo ha sufrido una pérdida temporal o total de dichas facultades. Si bien es cierto, esto sí podría ser un problema para el espiritualismo, no lo sería en doctrinas más populares como la aristotélica, ya que en su teoría, el alma no se identifica con lo que nosotros denominamos 'mente', sino más bien con el principio vital que anima un cuerpo, es decir, el alma se encarga *primariamente* (pero no únicamente) de las funciones vegetativas (nutrición y crecimiento). Por lo que un ser humano no pierde su alma ni siquiera en estado vegetal.

¹⁸ *Metafísica*. I, 3, 948a20-26.

¹⁹ *Física*. II, 8, 199a1-3.



Por último, cabe señalar que la crítica realizada por Recabarren a la Biblia sólo es válida para los cristianismos fundamentalistas o literales, posición que no es la adoptada por las formas cristianas más extendidas como el catolicismo o el protestantismo, cuyo grado de desarrollo teológico es superior a las interpretaciones literales.

Con todo, nos encontramos con un libro sumamente interesante que ofrece una visión coherente en términos del orden natural y político, el cual puede ser recomendado para cualquier persona que se interese tanto por la calidad misma de estas ideas, así como por el estudio de pensadores latinoamericanos que dedicaron sus esfuerzos a buscar la verdad en conformidad con los descubrimientos científicos de su época, el uso de la razón e incluso mediante el diálogo y contraste con las afirmaciones bíblicas.